

FILMS DE AMOR

Madame Pompadour



Núm.
70

25
CTS

Dorothy Gish - Antonio Moreno

WILCOX, Herbert

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707
B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 70

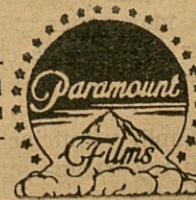
MADAME POMPADOUR

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por los notables artistas

DOROTHY GISH y ANTONIO MORENO

por MANUEL NIETO GALAN

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P.º GRACIA, 91
BARCELONA

REPARTO

Madame Pompadour Dorothy Gish
René Laval Antonio Moreno

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Un día, a principios del siglo XVIII, una mujer de París, ambiciosa y muy poco escrupulosa, llamada Poisson, llevó a su hijita a casa de una vieja agorera, para que le adivinase el porvenir.

La vieja consultó el talismán de que se servía para estos casos y le predijo:

—Esta niña es una hija del Destino. Jamás sus cíenes ceñirán una corona, pero, sin embargo, tendrá más poder que una reina.

Volvió a mirar nuevamente el talismán que tenía en sus manos, y continuó la profecía diciendo:

—Antes de cumplir veinticinco años, tendrá el corazón de un rey en una mano y una nación bajo sus plantas...

Un tumulto callejero llamó la atención de las dos mujeres y salieron para ver de qué se trataba. Era el rey, que en aquellos momentos pasaba por la calle y el pueblo lo aclamaba con gran entusiasmo.

—Lo mismo será aclamada mi hija—pensó la madre, acordándose del augurio de la vieja.

Pasaron los años, indiferentes a los sucesos de la vida. La gran madeja del tiempo continuó deshilvanándose, y cuando se cumplió el plazo prescrito por la agorera, la madre intrigante se presentó en la Corte con su hija, educada arteramente para cumplir, alzar, su profecía.

La frivolidad y la suntuosidad de la Corte de Luis XV ha quedado grabada en la Historia como una época imborrable en la memoria de todo ciudadano francés. El monarca, entregado a la ociosidad y al placer, cruelmente indiferente al clamor de su pueblo, que en un tiempo le llamó "El muy amado", llevaba a los salones de su regio alcázar a sus favoritas, como si, al ser rey, le fuese permitido todos aquellos ilícitos placeres. A tanto había llegado el libertinaje en palacio, que las favorecidas por el amor del rey eran consideradas entre los palaciegos como verdaderas reinas.

Cuando la Poisson se presentó con su hija en la fiesta que se celebraba en palacio, el monarca se hallaba conversando con la que en aquellos días disfrutaba de su privilegio, y al ver la belleza excitante de la nueva joven, quedó prendado de su hermosura y la hizo acercarse a su lado.

—No sabía yo—exclamó el monarca—que

en los jardines de mi nación existiese una flor tan bella y delicada como vos.

—¡Qué ocurrente y gracioso es mi rey! — contestó la joven, dejándose besar el brazo. —En el amor, como en el arte de gobernar, Vuestra Majestad es irresistible...

Y como predijo la agorera, la nueva favorita del rey llegó a ser en poco tiempo más que una reina, pues, con su irresistible hechizo regía los destinos de la nación desde su "boudoir".

Pero el lujo, la ostentación, de la nueva favorita, conocida por todos por el nombre de "Madame Pompadour", engendró en el pueblo, que se moría de hambre, un odio inextinguible hacia ella. A su paso, la gente maldecía su nombre, con esa rabia sorda que produce el convencimiento de que nada podía hacer en contra de aquella endiablada mujer que amenazaba llevar a la nación a la más espantosa ruina.

Uno de los personajes más sobresalientes de palacio y que más gozaba de la distinción del rey, era el conde de Maurepás, mayordomo mayor de palacio, y que bajo la capa de hombre virtuoso ocultaba, a pesar de su excesiva vejez, los mismos vicios que hacían repulsivo y odioso a su amo y señor.

La presencia de la Pompadour en palacio había alterado la aparente tranquilidad de

Maurepás, y constantemente solicitaba de la bella joven una limosna de amor.

Otro a quien también había enloquecido la nueva belleza palaciega, era el duque de Courcelette, cuyas atenciones a la Pompadour era la muda expresión de una intensa admiración por ella.

Cierto día, el duque se permitió hacerle un obsequio a la real favorita, y le envió un precioso estuche de oro, contenido una delicada flor y una misiva que decía

"Vuestra dulzura marchita esta flor. Acepatadla, señora, como testimonio humilde de admiración de uno que daría la vida por una de vuestras sonrisas."

La joven Pompadour se veía agobiada ante el número de sus adoradores; pero entre ellos sobresalían estos dos, y quiso escarmentarlos de una vez.

Para ello, se le ocurrió la idea de citar a los dos a una misma hora, avisando con anticipación al rey para que pudiera disfrutar del espectáculo que ofrecería el viejo Maurepás, a quien le pensaba gastar una broma mucho mayor.

El conde de Maurepás, convencido de que su belleza había rendido, al fin, el corazón de Pompadour, después de acicalarse detenidamente, cruzó los salones de palacio, para dirigirse a las habitaciones destinadas a la favorita del rey. La Pompadour ya había hecho

que una de sus doncellas se vistiese con uno de sus vestidos y que, vuelta de espaldas a la puerta esperase la llegada del viejo Don Juan. Así sucedió, en efecto. Maurepás, convencido de que se hallaba ante la Pompadour, cayó de rodillas a sus pies, diciéndole

—¡Oh, señora!... ¡Gracias por haberos compadecido de este corazón que os ama con la intensidad de lo infinito!

En aquel instante entraron el rey y su favorita, acompañados de varias sirvientas, que llevaban grandes candelabros, y Maurepás, al verse sorprendido por su señor, quedó anonadado, sin atreverse siquiera a levantarse.

—¿Es decir—le preguntó el monarca fingiendo enojo—que es así cómo sabes respetar a tu rey?

—Señor!...—imploró el otro, viendo su cabeza en peligro.

El monarca, para llegar al colmo del sarcasmo, le arrancó de un golpe la peluca y la calva cabeza del conde apareció brillante como una boña de billar.

La Pompadour intervino, como implorando misericordia para él, y le dijo al rey, a la vez que señalaba a la vieja criada que se hallaba ante Maurepás

—Perdonadlo, señor. Al fin, el pobre tiene alguien a quien amar...—y dirigiéndose a él se despidió burlonamente, diciéndole

—¡Buenas noches, señor Cupido!

SEGUNDA PARTE

El ridículo que Madame Pompadour había hecho pasar a Maurepás, el cual trascendió al pueblo, lo convirtió en su más grande enemigo, y desde aquel día esperaba la ocasión propicia para poderse vengar de aquella mujer.

En el pueblo, el odio hacia palacio había llegado a su más alto grado de exaltación. Pero a quien mayormente acusaban del dispendio real y de la miseria que agobiaba a los pobres ciudadanos, era a la Pompadour, y con ella al conde de Maurepás.

En uno de los barrios apartados de París existía la hostelería de un tal Prunier. En ella se reunían gentes de todas clases, aunque la mayoría eran bohemios y hombres que solían ir allí para ir fomentando ocultamente la terrible Revolución que dió fin a aquel estado de anarquismo en que se encontraba el gobierno de Francia. En la hostelería vivía un pintor, que luego hizo célebre su nombre, llamado René Laval. Joven, vigoroso, con esa belleza varonil que da siempre el desarrollo de una robusta complexión, René era el hombre adorado por las mujeres. Pero, sin embargo, ignoraba lo que era el amor. Toda

su vida no tenía más que dos solos objetos su amor a su Patria y su pintura.

Hasta la hospedería había llegado también el ridículo corrido por Maurepás, y René se entretenía en ridiculizarlo aún más pintando su caricatura y poniendo debajo la siguiente inscripción:

“El Cupido Maurepás”

Todos los concurrentes reían a grandes carcajadas la ocurrencia del pintor, y un día se hallaban en esta diversión, cuando, de repente las voces de :“¡El rey ! ¡El rey!” hicieron salir a los parroquianos. Detrás de la carroza regia venía la de la Pompadour, que siempre procuraba ocultar su rostro de la curiosidad pública, valiéndose de un negro antifaz.

El paso del rey no produjo la menor excitación de la gente; pero, en cambio, la presencia de la Pompadour fué como un latigazo que azuzase todos los odios contenidos, y René, uno de los más exaltados, corrió hasta la portezuela, gritándole:

—Pompadour, que las desgracias que afligen al noble pueblo francés caigan sobre ti... ¡Que jamás puedas conocer el momento feliz de tu vida!

Gogo, el caporal de la guardia de corps de la Pompadour, por quien su lealtad estaba siempre a dar la vida, se lanzó sobre el joven pintor y luchó con él para arrancarlo de la portezuela de la carroza. Sin embargo, la

Pompadour tuvo tiempo de ver a Laval y un sentimiento hasta entonces para ella desconocido se apoderó de su corazón.

Había tal nobleza en la mirada del pintor, sus ojos brillaban con un fuego tan intenso, que la favorita del rey se vió poseída, subyugada, por aquel desconocido, que con tal arrojo sabía afrontar su enojo, que podía occasionarle la muerte.

Un apremiante asunto de Estado obligaba a Luis XV a salir aquel día de París, y su único pesar era el tener que abandonar a su favorita. La belleza de ésta ejercía tal poder sobre él, que temía perder su amor más que el propio trono. Momentos antes de partir, llamó a Maurepás y le dijo:

—Un hombre jamás perdona a una mujer que lo ha puesto en ridículo; por eso te dejaré a ti la vigilancia de Madame Pompadour para que me informes de su fidelidad.

—Partid tranquilo, señor—respondió el mayordomo—. Confiad que en mi poder, la Pompadour estará sobradamente guardada.

Pero ésta, que llegó en aquel instante, quiso que el rey revocase su orden, y le dijo:

—¿Tiene mi rey alguna queja de mi conducta para dejarme un carcelero?

—Ninguna, señora—repuso el rey—. Pero vuestro amor es para mí la joya más preciada de mi corona, y preciso es que vele por ella como por mi propia vida.

Comprendió la astuta mujer que insistir sobre este particular hubiera sido suscitar la duda del monarca, y aceptó aquella odiosa vigilancia, pensando que no le sería difícil de burlar cuando quisiese.

Aquella noche, la Pompadour, obsesionada por el recuerdo de Laval, no pudo sufrir la tentación de volver a verlo, de hablar con él, aunque sólo fuera un momento, y llamó a Gogó para decirle:

—Dentro de una hora estarás esperándome en la puerta secreta de palacio para acompañarme a la hostería de Prunier.

—Entendido—respondió el caporal.

—¡Ah!—le advirtió la Pompadour—. Haced preparar un carro cargado de paja, para que nadie sospeche que va ocupado por mí.

—Dentro de media hora estará todo preparado como deseáis—terminó diciendo el soldado.

La vieja doncella de la Pompadour, que aun no comprendía lo que su señora intentaba, le preguntó:

—¿Acaso pensáis salir a estas horas de la noche, y sin escolta?

—Sí, Jacinta—respondió la favorita—. Pienso salir disfrazada, como una mujer cualquiera del pueblo.

La doncella movió melancólicamente la cabeza y se atrevió a advertirle

—Pensad, señora, que os exponéis a que

vuestra conducta sea mal vista... Yo os aconsejo que dejéis vuestro paseo para mañana de día.

—Imposible, Jacinta—respondió la Pompadour—. Hasta ahora no sabía lo que era amor, pero esta tarde he conocido al pintor René Laval, y la mirada de fuego de sus ojos ha prendido en mi corazón una hoguera de pasión.

—¿Y no teméis de qué el rey pueda enterarse?—preguntó asustada la sirvienta.

—No hay cuidado. Procuraré ocultarme de forma que nadie pueda verme; pero es preciso que yo vuelva a ver a Laval, que consiga que su amor sea mío, como es suya mi vida entera.

Para burlar la vigilancia de Maurepás, entre la señora y la sirvienta colocaron sobre un sillón, de forma que desde fuera sólo pudiera verse la cabeza, un maniquí con un libro abierto.

Momentos antes de salir, aún la doncella quiso persuadirla para que desistiera de su idea, y le dijo

—¡Es una locura lo que vais a hacer... Maurepás no cesa de vigilaros!... ¡Si el rey llega a enterarse!...

—No importa —exclamó la Pompadour—. La vid sin aventura, es como el amor sin besos.

Por la puerta secreta de sus habitaciones

salió la Pompadour, y pronto llegó hasta donde estaba Gogó con la carreta que le había encargado. Subió a ella e inmediatamente se dirigió a la hostería de Prunier, donde esperaba encontrar a Laval.

En efecto, allí estaba él, con varios parroquianos, enemigos acérrimos del rey, y cuando el pintor la vió entrar acompañada del caporal de la guardia de corps, se adelantó hacia éste y le dijo, escupiéndole las palabras al rostro, como una ofensa

—¡Esto no es una perrera para los falderos de la Pompadour!...

Gogó no le dejó terminar la frase y avanzó hacia él con el brazo levantado para castigar la ofensa. Mas los compañeros del pintor salieron en su ayuda, y el pobre Gogó hubo de abandonar la hostería, previa una mirada de inteligencia de la Pompadour.

La belleza de la joven cautivó pronto al artista, que, acercándose a ella, sin adivinar que bajo aquel disfraz se ocultaba la mujer odiada por él, le dijo

—¿Por qué os atrevéis a venir aquí con los sabuesos de la Pompadour?

—¡Pobre Pompadour! — exclamó ella, al adivinar el odio de Laval—. ¿Es verdad que la aborrecéis tanto?

—Mi odio no se extinguirá nunca en la vida— exclamó Laval—. ¿Acaso sois vos capaz de defenderla?

—Decís eso — respondió la Pompadour—, porque no la conocéis. Yo soy su costurera y la conozco bien.. no es tan mala como todos dicen...

Laval no pudo reprimir un gesto de repulsión, y se levantó del lado de la joven, diciéndole

—¿Conque vivís con esa tribu infame de canallas que chupan la sangre del pueblo? ¡Me he engañado, señor! ¡Yo creía que érais una buena mujer!

La Pompadour se acercó a él mimosa e intentó atraerlo nuevamente a ella. El odio que hacia ella demostraba el artista hacía aún más poderoso el deseo de conquistar su amor. Laval volvió a mirarla y vió en aquellos hermosos ojos tanta dulzura, tanto anhelo de amar, que se sintió enternecido, y le dijo

—Perdonad mi arrebato... ¡Soy demasiado vchemente!

Los dos jóvenes se hallaban completamente solos en un aposento contiguo y podían hablar sin miedo a oídos imprudentes. Fué aquella primera entrevista el preludio de un amor avasallador, que se despertó tanto en el corazón de Laval como en el de la regia favorita. En los pocos minutos que estuvieron juntos, supieron decirse la profundidad del sentimiento que embargaba sus corazones, hasta que la Pompadour, comprendiendo que

sería imprudente continuar por más tiempo en la hostería, le dijo

—¿Podrías ofrecerme un vaso de vino?

—Vino? Si en mis manos estuviera os ofrecería este hostal... Y si esto fuese poco, os daría París...

La petición de la Pompadour no había sido con más objeto que con el de poderse librar de la presencia de Laval y huir de la hostería, no sin antes haber dejado escrita sobre el suelo una cita para el día siguiente.

Cuando Laval entró de nuevo en el aposento y vió que había desaparecido la joven, no pudo comprender al primer instante a qué se debía aquella huída; pero pronto se fijó en lo que había escrito y leyó lo siguiente

“Mañana os esperaré en la capilla de San Agustín, a las tres en punto.”

TERCERA PARTE

Al día siguiente, para no suscitar sospechas, la Pompadour salió de palacio en una de sus carrozas, pero sin advertir, desde luego, a Maurepas su salida. Se hizo conducir a la capilla de San Agustín y antes de llegar al recodo del camino donde sabía que la esperaría Laval, mandó detener el carruaje y

con la ropa que llevaba preparada, se disfrazó nuevamente. Hizo un lío con la lujosa “toilette” que llevaba y lo escondió detrás de un árbol.

Cuando apareció ante el artista era la misma mujer que el día anterior, y éste, sin poder sospechar nada, se dejó conducir a un rincón apartado del bosque.

—Por qué huyisteis ayer en la hostería?—le reprochó dulcemente René.

—Porque tuve miedo que no me dejarais salir—respondió ella, echándole los brazos al cuello—. Por eso he querido que nuestra entrevista sea aquí, en medio del campo.

—Pero, ¿de veras me amáis?—preguntó él.

—No podéis suponer lo grande que ha de ser mi amor para venir a veros—contestó la Pompadour, pensando en los peligros que corría de ser descubierta.

—Pero yo os quiero amar a la vista de todo el mundo — le dijo el pintor—. Quiero que nuestro amor no tenga por qué ocultarse y, sin embargo, vos parecéis tener temor de todo.

—Día llegará en que conozcáis el motivo—respondió la Pompadour—. Pero ahora, estad segura de que jamás he amado a ningún hombre como a vos.

Y al hablar de su amor le ofrecía a René sus labios, como dos frescas rojísimas y el artista, enloquecido por la belleza de ella, sació

su sed de pasión en el goloso fruto que se le ofrecía.

Aun cuando la Pompadour estaba segura de que Maurepas no se enteraría de su salida, la fatalidad hizo que cuando se dirigía hacia la capilla de San Agustín, un correo que iba con dirección a palacio la viera en el interior del coche, y que al llegar a la regia mansión le dijera a Maurepas

—Hemos visto que la Pompadour se dirigía, en su carroza, por el camino de la capilla de San Agustín.

El mayordomo no contestó nada, y cuando volvió a quedar solo ordenó que le acompañaran varios soldados, para poder coger infraganti a la favorita de su señor.

Momentos después llegaba hasta donde estaba detenida la carroza de la Pompadour, y al verla vacía le preguntó a Gogó

—Dónde está tu señora?

—No lo puedo decir—repuso el caporal—. Dijo que iba a pasear por el campo, y hace poco que la hemos visto por aquí.

Maurepas no se detuvo a oír más, sino que siguió por dentro del bosque para ver si daba con ella.

El ruido de las pisadas de los caballos llamó la atención de la Pompadour y se escondió tras de unos árboles, diciéndole a Laval:

—Son gestos de Palacio y no me conviene

que me vean aquí, podría ser causa que me despidieran.

No había hecho más que ocultarse cuando llegaron los jinetes y Maurepas le preguntó al artista:

—¿Has visto a Madame Pompadour, buen mozo?

—¡Ni la he visto, ni permita Dios que vea a esa mala mujer!—respondió René con el tono despectivo que siempre solía emplear al hablar de alguien de palacio.

Cuando se alejaron sus perseguidores, la Pompadour salió de su encubrimiento y le dijo, despidiéndose apresuradamente:

—En casa de Prunier esta noche a las siete...

La casualidad, que a veces se entretiene en complicar las cosas más sencillas, hizo que un perro bagabundo diera con el lio de ropa que había escondido la Pompadour y empezó a jugar con él dejándolo inútil. Pero el tiempo apremiaba y ésta no dudó en ponérselo tal y como estaba, de modo que cuando entró en palacio le preguntó Maurepas, reparando en sus vestidos:

—¿Acaso os ha ocurrido algún accidente, señora?

—Sí—contestó intencionadamente la Pompadour—. Me ha ocurrido el accidente más grave de mi vida... Un accidente que me ha afectado el corazón.

Y entró altanera en sus habitaciones, sin

dignarse mirar al mayordomo, que sentía que su odio se acrecentaba con la indiferencia que para él tenía aquella mujer.

La Pompadour valiéndose de sus servidores quiso ayudar a Laval y para ello mandó comprar uno de sus cuadros, y aquella noche, cuando volvió a la hostería, el pintor le dijo:

—Hoy he vendido un cuadro a una persona de palacio... ¿Acaso será para el rey?

—Acaso será para la Pompadour—le contestó ella sonriendo, pero Laval se puso serio inmediatamente y le contestó:

—¿Por qué os complacéis en amargar nuestra entrevista con semejante pensamiento?

—¿Continuáis aún aborreciendo tanto a aquella pobre alma atormentada?

—¿Que si continúo aborreciéndola?... Sería capaz de convertirme en verdugo con tal de poderla hacer desaparecer del mundo—respondió con odio Laval.

La joven, ante el gesto de su amado, no pudo impedir un movimiento de terror. Estaba segura de que aquel hombre sería capaz de hacer lo que decía: ¿Cómo podría ella revelarla nunca lo que era en realidad? Y el temor de que pudiera dejarla de amar si se enteraba, la hizo estremecerse de nuevo. El interpretó erróneamente este pensamiento y le dijo para tranquilizarla:

—No me hagáis caso, quise solamente gastaros una broma,



ANTONIO MORENO

Maurepás, mientras tanto, no abandonaba su vigilancia y aquella noche sucedió un caso casual, que vino a poner al descubierto la escapatoria de la favorita.

Junto al maniquí y para disimular que leía todas las noches, colocaba la doncella un candelabro. Maurepás miraba por la rejilla de la puerta y al ver la cabeza, que él creía que era de la Pompadour se retiraba satisfecho. Mas, aquella noche, por descuido de la doncella, la luz de la bujía se acercó tanto al maniquí que éste empezó a arder. Al verlo, Maurepás descubrió el engaño y llamó a la doncella para preguntarle:

—¿Dónde está Madame Pompadour?

—No sé—respondió la criada.

—Está bien—contestó Maurepás—. Yo te haré hablar dentro de poco—y llamando a varios soldados les ordenó:

—Llevaos a esta mujer y someterla al interrogatorio... Ya veremos si así habla.

El interrogatorio en el que el cruel Maurepás sometió a la doncella fué a quemarle las plantas de los pies, hasta que confesara el lugar dónde se hallaba su señora. Era tan intenso el dolor que la pobre sufrió, que al fin exclamó:

—¡Dejadme, os lo diré todo!

—Me parece que ahora te estás poniendo en razón—contestó Maurepás—. ¿Dónde está Madame Pompadour?

—¡Está en el café Prunier!—contestó al fin la sirviente.

Sin preocuparse más de la infeliz, Maurepás ordenó a los soldados que le siguiesen hasta la hostería de Prunier, donde en aquel momento, la favorita del rey continuaba su idilio con el pintor, que le decía, mientras intentaba besarla:

—Os amo i estás triste... ¿Acaso será porque no me amáis?

Ante aquella pregunta que ponía en duda la firmeza de su amor la joven se abrazó a él y le dijo:

—René, si ocurre algo malo, no olvidéis que jamás amor alguno fué más grande, más noble y más intenso que el mío...

El artista la atajó cerrando su boca con un beso largo y apasionado; pero de su idilio los sacó el ruido producido en el exterior.

Era Maurepás que había entrado con los soldados y apresando al dueño del establecimiento le decía:

—¡Deseo ver a Madame Pompadour!

El pobre hombre convencido de que en su casa no se hallaba aquella mujer, respondió:

—Señor, indudablemente os han engañado al decirnos que en mi casa se halla la Pompadour.

Pero Maurepás también estaba seguro de que la doncella no había mentido y volvió a decirle:

—¡Es inútil que mientas!... ¿Dónde está?

No fué preciso que Prunier contestase nada, puesto que en aquel instante se presentó la Pompadour, diciendo:

—¡Aquí, Maurepás!

—¿Y cómo podréis explicar al rey esta visita? — preguntó irónicamente Maurepás, pensando que, por fin, había llegado para él la hora de la venganza.

—Muy distinto de como la explicaríais vos — respondió altivamente la Pompadour—. He venido aquí disfrazada para sorprender a mis amigos... Y yo lo he logrado, mientras que vos y vuestra estúpida policía no conseguís-tis nada... ¡Detened a estos dos hombres! — y señaló a Prunier y a Laval.

Luego se dirigió nuevamente hacia el Mayordomo y le advirtió:

—Os exijo que no alarméis al rey con la noticia de estas dos detenciones...

René quedó atónico al ver que la mujer a quien tanto amaba era la propia Pompadour. Y más que su detención lloró por el amor perdido, exclamando:

—¡La mujer por quien habría dado la vida, si me la hubiese pedido, es la Pompadour!

Ella comprendió todo el desprecio que encerraban aquellas palabras, pero ahogó los gritos de su corazón, que la hubieran lanzado en brazos de su amado, para confesarle una vez más la inmensa pasión que por él sentía,

CUARTA PARTE

Los días que siguieron al arresto de Laval y de Prunier fueron de inmenso dolor para la pobre enamorada. Odiaba cuanto la rodeaba, el esplendor en que vivía, su poderío, tan envidiado por otras mujeres... ¡Oh, con cuánta alegría lo habría dado todo, todo, con tal de poder disfrutar de las delicias de aquel amor, como una simple mujer cualquiera!... Vivir un hogar humilde, sin lujos, ni grandeszas. Ser una mujer obscura, una más de tantas como habían en el mundo, con solamente poder disfrutar de las dulzuras de aquel amor. Pero comprendía, en medio de su dolor, que aquella dicha no le estaba permitida a ella... Ocultó la cabeza entre las manos y un raudal de lágrimas corrió por sus bellas mejillas. Se consideraba más desgraciada que la más humilde de sus doncellas... De pronto levantó la cabeza, como tomando una resolución definitiva y exclamó en alta voz:

—También yo tengo derecho a ser feliz y lo seré, por encima de todo.

Hizo venir a una doncella y le ordenó:

—Busca a Gagó y dile que venga inmediatamente.

Al cabo de un rato se presentó el fiel ca-

poral y la Pompadour le dió una orden secreta, a la vez que un pliego con la libertad de Prunier.

Para cumplir la orden recibida se presentó Gogó en la prisión donde habían sido encerrados Laval y Prunier y le dijo a éste:

—Madame Pompadour ha obtenido vuestra libertad, podéis salir.

No se hizo repetir la orden Prunier y después de abrazar al artista, abandonó precipitadamente el calabozo donde se hallaba.

Cuando quedó a solas con Laval, Gogó le entregó una paloma, mientras que le decía:

—Tomad esta carta de Madame Pompadour y este mensajero para su respuesta.

Abrió el artista la carta que le enviaba su amada y leyó su contenido, que decía:

“El portador de esta es mi leal amigo. El se encargará de poneros en mi guardia de corps a fin de podamos partir los dos juntos de Francia.... ¿Vendréis?”

Gogó, cuando hubo terminado de leer el prisionero el mensaje, salió, diciendo antes:

—Madame Pompadour espera en la ventana de sus habitaciones vuestra respuesta.

Es imposible poder describir lo que pasaba por el interior del enamorado René en aquel instante. Tenía el pliego entre sus manos hacía cerca de media hora y todavía no se había decidido a responder a la regia favorita.

Entre tanto, el rey había vuelto a París y

aguardaba con la ansiedad de un amante celoso la bienvenida de la Pompadour. Ay entrara en palacio le preguntó a Maurepás:

—¿Has guardado bien mi tesoro?

—Si hubiese sido mía no la habría guardado con tanto empeño—respondió el hipócrita mayordomo.

Luis XV no se detuvo más tiempo para ir en busca de la Pompadour. Entró en sus habitaciones y la encontró en la ventana vigilando la llegada de la contestación de Laval.

Se acercó a ella quedamente y rozó sus labios con la nuca de la bella, que volvió rápidamente la cabeza. Al ver al rey, la belleza de su rostro se cubrió de una mortal palidez, que obligó a exclamar al monarca:

—No me habían dicho que os encontrabais enferma.

—Mi enfermedad es la ausencia de mi rey— respondió ella, fingiendo admirablemente.

—Os suplico que cerréis esa ventana — le dijo nuevamente el rey—. El frío de la tarde no os puede sentar bien.

Fué a hacerlo él mismo; pero en aquel momento entró la paloma enviada por ella, para recibir la respuesta de Laval. La cogió el monarca y al ver que llevaba una carta atada a una patita, sintió la picadura de los celos y se apresuró a conocer el contenido de aquella epístola. La Pompadour se creyó perdida irremisiblemente y recurrió a toda su sangre

fría, para hacer frente a la crítica situación.

Por fortuna René había sido precavido: en la carta solamente había escrito una palabra: "Sí."

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó el monarca algo más tranquilo.

—¿Cómo queréis que lo sepa?—respondió su favorita—. Sin duda se trata de una paloma extraviada...

Aquella contestación fué suficiente para calmar los celos del rey y unas horas después la Pompadour revistó a sus guardias de corps para asegurarse de que entre ellos estaba René. Lo hizo salir de la fila y le dijo:

—Id a mis habitaciones y esperad mis órdenes!

Pero Maurepás no creía terminada su misión con la llegada del rey. Su odio se mantenía cada vez más fuerte en su alma y vigilaba a la Pompadour continuamente. De esta forma, desde una ventana de palacio, la vió hablar con el soldado y no tardó en reconocer en él al mismo que había detenido noches antes en la hostería de Prunier.

Sin embargo, la Pompadour no se dió cuenta de que había sido descubierta y entró en sus habitaciones para hablar con el pintor, que le dijo:

—¿Decidme si puedo tener fe en vos, o sé trata solamente de un capricho para solazos?



—Madame Pompadour ha obtenido vuestra libertad...

—Si no te amase—respondió ella— no me habría preocupado por tu suerte.

—No importa—exclamó Laval acercándose a ella—. Si me amáis ahora, vámmonos de aquí al instante...

—No es posible, René—contestó ella con tristeza—. El rey ha venido y tenemos que proceder con cautela... Si nos descubren, tú morirás sin remedio y yo sufriré un castigo peor que la muerte...

—¿Entonces para qué me has hecho concebir la esperanza de una felicidad imposible?

Ella no quiso contestar a su pregunta

—Mañana, durante la fiesta que el rey dará en Versalles, tendremos ocasión de huir juntos... Después del baile te mandaré un recado con Gogó... Ahora vete, antes que pueda ocurrir sospechas tu presencia en mis habitaciones.

Al día siguiente celebrábase una de las festejas versallescas. Los palaciegos y cortesanos se refocilaban en los maravillosos jardines, en medio del esplendor que hizo famoso el reinado de Luis XV. Representábase una comedia de Maurepás en la que la Pompadour encarnaba el papel principal. Cuando ésta hubo terminado su trabajo, mandó a buscar a Gogó y le dijo:

—Dile a René que vigile mi abanico... Cuando observe mi señal, que salga al instante y que me espere junto a la verja exterior...

Pero uno de los sabuesos de Maurepás corrió a dar a éste la noticia de la que había oído y el mayordomo mandó detener a Gogó mientras que él fué en busca del rey para decirle:

—Ahora tengo una prueba de su perfidia, señor... Conspira para traicionarnos...

—Continuad la representación de vuestra obra, Maurepás; pero fingió indiferencia, para poder avisar a la Pompadour de la emboscada que se le preparaba.

En aquel instante llegó ella y el rey le ofreció una copa de vino, diciéndole:

—¡Por vuestra felicidad!

—¡Por nuestra felicidad!—contestó ella.

René no perdía de vista a la joven, esperando únicamente la menor señal para salir y esperarla. Ella, entre tanto, no cesaba de hacerle señas con su abanico, señas que el pintor no comprendía, puesto que Gogó había sido detenido antes de que pudiera avisarle.

Courcelette, distraídamente, puso su mano sobre la de la Pompadour y la astucia de aquella mujer, acostumbrada a vivir entre las intrigas de la corte, adivinó en seguida que algo importante quería decirle. Por lo mismo, fingió un mareo y pidió premiso al monarca para que Courcelette la acompañara a sus habitaciones.

—Maurepás lo sabe todo—le dijo éste—,

Acaba de enterar al rey de vuestros propósitos de fuga...

No pudo decirle más, porque el rey los había seguido y exclamó, al ver que había sido fingida la enfermedad de ella:

—¿Creí encontraros más abatida?

—Mi enfermedad repentina no era más que un ardor para poder estar a solas con mi rey.

El rey quiso dar un golpe decisivo que la delatase y le dijo:

—Gogó, tu mensajero, ha sido detenido...

La Pompadour expresó en su rostro una completa inocencia y preguntó:

—¿Qué ha hecho el pobrecito Gogó?

—Intentar llevar un mensaje tuyo a tu amante... Es inútil que niegues... Maurepas conoce al miserable... Se llama Laval, un soldado de tu guardia...

—¡Qué ridículo!—contestó ella despectivamente.— ¡Pensar que puedo preferir un vulgar soldado a mi rey!

—Verdad o mentira—repuso el rey,— prefiere ejecutar a toda tu guardia que verme atormentado por semejantes rumores.

—Esto nos deshonraría a los dos—contestó la Pompadour,

—Para asegurarme, deja que mande llamar a tu soldado.

—Podéis sentaros detrás de se biombo y escuchar lo que se dice—le propuso ella. Y

le ordenó a Courlette—: Id a buscar a Laval, el soldado de mi guardia y traedlo aquí.

Mis soldados lo traerán—exclamó el rey—. Tú quédate aquí, Cuorcelette.

De una manera repentina, la Pompadour se dió cuenta de que su sueño romántico había terminado y que a menos que curase al rey de sus celos, Laval mariría, por lo mismo, cuando éste llegó, le dijo:

—Laval, has sido un servidor leal, pero tu devoción de soldado ha sido mal interpretada... Hay quien, cegado por los celos, se atreve a insinuar que pretendes a la Pompadour, ja la Pompadour!, que no piensa más que en su rey... Vuelve con los tuyos, sal de palacio al instante y no olvides que no quiero volverte a ver más en mi vida.

—¡Fuí un insensato en pensar en que tenías corazón y alma!... ¡Eres la más vil de esas viles criaturas de pintados labios!... ¡Te aborrezo a ti y me aborrezo a mí mismo, por haber sido capaz de amarte!

Aun tuvo ella fuerzas suficientes para hacer un gesto de despedida y corrió a ver al rey que permanecía oculto detrás del biombo.

Este, en la espera, se había dormido y la infeliz comprendió de lo inútil que había sido su sacrificio. Como una loca corrió a la ventana y gritó:

—¡René!... ¡René!

Este volvió la cabeza a su llamada y un

gesto despectivo mientras seguía bajando la escalera de palacio, donde dejaba enterrado para siempre el gran amor de su vida.

Por fin se despertó el rey y le preguntó:

—¿Dónde está tu pretendido amante?

—Ese pretendido amante no existió jamás más que en la imaginación de Maurepás para arruinar nuestra felicidad—contestó la Pompadour, llorando por la pérdida de sus ilusiones.

El monarca interpretó aquellas lágrimas en otro sentido y en aquel mismo instante llamó a Maurepás, que venía satisfecho de poder saborear su venganza y le dijo:

—Maurepás, tú estúpida comedia ha terminado... Has caído prisionero en la red de tus propias mentiras... ¡Sal de palacio!

Cuando Courcelette entró después para avisar a la Pompadour que él rey la esperaba, la encontró llorando y, comprendiendo el motivo, le dijo:

—Valor, señora mía... En el baile los pala-
ciegos y los cortesanos os aguardan... La mas-
carada terminará en seguida y volveréis a es-
tar sola...

—Amigo Courcelette, desde hoy estaré siem-
pre sola—respondió dolorosamente ella—. Pa-
ra mí la mascarada ha comenzado ahora...

Ya está a la venta el

Almanaque de Biblioteca Films

P O R T A D A A T O D O C O L O R

PROFUSIÓN DE GRABADOS
ANÉCDOTAS DE CINELANDIA
NOVELAS DE LOS MAS GRANDES FILMS
BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS PREDILECTOS
TANGOS CÉLEBRES

Precio popular: UNA peseta

CENTROS DE REPARTO:

SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERÍA
Barbará, 16 — BARCELONA Caños, 1. — MADRID

Si no lo encuentra en su localidad pídale a:

BIBLIOTECA FILMS
Apartado de Correos 707 - BARCELONA

Remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos de correo
que se lo enviará en seguida.